

tenía oficio ninguno en casa y todo el tiempo de día y de noche lo gastaba en rezar y llorar a sus solas, y con tanto tesón que admiraba la devoción de su alma. Bien pienso yo que le quitó Dios los ojos corporales porque con los del alma viese mejor las culpas que en el estado secular había cometido y los defectos con que había vivido; para que puestos delante de la consideración los llorase él antes que Dios llegase a ponerse los en la sala de su tremendo juzgado; como refiere David<sup>7</sup> que dice este mismo señor al olvido de sus culpas: argüírte he y ponerte he a los ojos los pecados que tú has traído con olvido a tus espaldas. Bien tuvo tiempo este bendito varón de conocerlas, en especial en este tiempo de su ceguera, y de alcanzar perdón de cualquier yerro que contra Dios hubiese cometido. Porque siendo verdad (como lo es) que haciendo penitencia el malo y pecador, como lo dice por su profeta Ezechiel,<sup>8</sup> de sus culpas y pecados, y guardando la justicia de Dios, que vivirá vida y no morirá; y que de todos los pecados que hubiere hecho y cometido no se acordará más, y que vivirá en la justicia que hubiere hecho; cierto es que habiéndola guardado este bendito lego con muchas y muy buenas obras que le vimos hacer en la orden que le haría merced; y así tengo para mí que el quitarle la vista fue misericordia que con él usó para hacerle padecer en aquel trabajo algún purgatorio que por remisiones, omisiones y comisiones, debía de ser a cargo a las cuentas que con Dios tenía. Murió con grande olor de santidad en el mismo convento de San Francisco de Mexico, a ocho de agosto del año de 1603.

CAPÍTULO LXXXIII. *De otros varones bienaventurados de esta provincia del Santo Evangelio*



RAY FRANCISCO XIMÉNEZ, LEGO, era natural de Guadalcanal y pasó secular a estas Indias, y en Mexico vivió algunos años donde fue casado y tuvo hijos; uno de los cuales tomó el hábito de mi padre San Francisco en la provincia de Mechoacan, llamado fray Pedro Ximénez, gran lengua tarasca; otro se quedó con él en el estado secular en que vivía; y muerta la mujer sucedió que el hijo que le había quedado se atravesó con otro, y viniendo a las manos salió el padre a defenderle y mató al contrario. Fue medio éste para perder su hacienda y venirse a la religión. Era de condición muy recia y mal sufrido; pero luego que tomó el hábito de nuestro glorioso padre San Francisco, en su Convento de Mexico, como otro Saúl,<sup>1</sup> fue mudado en otro varón. Era hombre mayor, y luego en la casa de Dios comenzó a disponerse para servirle, no comiendo el pan con ociosidad, como dice el Espíritu Santo,<sup>2</sup> de la otra mujer hacendosa. Comenzó luego a darse a la oración y en ella aprovechó de manera que ya la

<sup>7</sup> Psal. 49.

<sup>8</sup> Ez. 18.

<sup>1</sup> 1. Reg. 10.

<sup>2</sup> Prov. 31.

tenía por muy amiga y amada; sabía que era pecador y homicida y que tenía a cuestras, como otro Caín,<sup>3</sup> la muerte de su hermano Abel, la de aquel desventurado que luego de sus manos cayó a sus pies muerto. Por esto no sólo se ocupaba, como María, en los deleites de la contemplación, sino también como Marta,<sup>4</sup> en otras obras de virtud y penitencia. Andaba descalzo y no vestía más que un solo hábito, y traía una estera áspera por túnica, hasta la cinta. Trabajaba en las cosas del servicio de la casa, donde era morador, con grande fidelidad y cuidado. Guardaba mucho silencio y nunca se llegaba a conversaciones de pasatiempo. Era tan perseverante en la oración, que se pasaba una hora y dos de rodillas en medio del coro, y puestas las manos sin hacer movimiento ni desmán alguno; y aunque el demonio algunas veces le quería inquietar con algún ruido que hacía, jamás movía el siervo de Dios el semblante con que estaba; en que se echa de ver la merced que había alcanzado de Dios en tanta serenidad con que estaba; y en la vida que hacía tan singular y santa se podía traslucir que si pecó con David<sup>5</sup> matando a Urías, que también hizo penitencia como él para alcanzar perdón de su pecado. Era su comer muy poco y ayunaba mucho. Murió en mucha y santa vejez, en primero de diciembre de 1596. Está enterrado en San Francisco de Mexico.

Fray Pedro Vázquez de Vega fue natural de San Martín de Val de Iglesias y era hijo de nobles padres; estuvo hasta de sesenta años en el siglo, en el cual fue dos veces casado. Era escribano público de la ciudad y tenido de todos en mucha estimación. Tuvo mucha hacienda y del primer matrimonio un hijo que en la orden de Santo Domingo fue muy estimado, y tuvo cargos muy eminentes; y entre ellos fue prior de su casa de Mexico, que es convento de grande autoridad y religión. Tocado, pues, de la mano poderosa de Dios (el cual dice que le es más fácil a una maroma entrar por el hueco de una aguja que el rico en el reino de los cielos)<sup>6</sup> dejó el mundo y todo lo que en él poseía y tomó el hábito de religión en el convento de San Francisco de la misma ciudad de Mexico. Su mujer, que no lo deseaba menos porque demás de ser virtuosa era moza, y no podía quedar en el siglo habiendo de conseguir su marido ser fraile en nuestra orden, según se contiene en nuestra regla, entró también en el convento de Santa Lucía, cuyo nombre fue a los principios Las Recogidas. Y por ser Pedro Vázquez hombre de cuenta en la ciudad se halló el virrey, don Martín Enríquez, en el hábito de entrambos y en su profesión; la cual hizo ella al año cumplido, a la misa mayor de la mañana; y tomado testimonio de esto y trayéndoselo a fray Pedro, profesó a la tarde del mismo día, con tanto júbilo y placer que bien pronosticaba su gozo presente el que en la religión había de tener por todo el espacio de su vida. Era fray Pedro, en el estado secular, hombre mal sufrido, pero quedó en la religión tan otro que no parecía el que antes era. No perdió la

<sup>3</sup> Genes. 4.

<sup>4</sup> Luc. 10.

<sup>5</sup> 3. Reg. 1.

<sup>6</sup> Math. 19. Marc. 10.

viveza de condición que tenía, pero trocóla en sufrimiento. Desde que tomó el hábito hasta que murió no usó más que sandalias o suelas en los pies, sin más género de calzado; ni de más ropa que la ordinaria que la regla concede. Fue de grande edificación en la república este hecho y verse después tan humilde en la religión, porque no prometía esta tan celestial mudanza la vida regalada y de obstentación que en el mundo tenía; especialmente que, como dice Gerónimo Sabonarola,<sup>7</sup> tres cosas son las que pervierten el sentido y ofuscan el juicio, es a saber: el temor, la hacienda y el amor; las cuales tres cosas era fuerza que tuviesen poseído el corazón de este religioso, el temor de perder lo adquirido, el amor de la mujer y la hacienda, que suele ser el dios de los mundanos, por la cual desconocen a Dios verdadero; pero Dios nuestro señor, que da el corazón al hombre en su nacimiento y creación lo sabe trocar cuando él es servido, y ponerle freno cuando más desbocado corre tras la codicia de las cosas y cuando no sabe dónde va a parar. Había vivido fray Pedro en el estado secular sesenta años, gozando la vida en gustos y pasatiempos, amontonando riquezas por todos los caminos que podía, y cuando la muerte había de venir (según el curso ordinario de la vida) a darle y saltarle en los caminos por donde hacía las jornadas de sus deleites llegó Dios, y tocándole el corazón convirtió el peligroso tránsito de la muerte en el paso a la religión, donde le sirvió por espacio de otros veinte años. Viose bien que había dejado muy de su voluntad las riquezas y bienes que en el estado secular poseía, pues siendo fraile nunca jamás las apeteció, donde obró Dios en su corazón un hecho maravilloso, pues le aplacó el fuego de la codicia, que como dice el Filósofo es condición muy propria de los viejos. Fue pobrísimo sobre manera, y aun los paños menores los tenía sencillos, sin usar más de los que traía puestos. Vestía muy grosero sayal, y nunca quería que fuese del común que los demás vestían. Era muy templado en el comer y beber y muchas veces pasaba el día con pan y agua. Desde que tomó el hábito le fue encomendado el cuidado del reloj y tañer a maitines, y jamás faltó todo el tiempo que estaba en casa, aunque viniese de fuera muy cansado. Cuando salía del convento decía estas palabras: llévanos, Señor, y tráenos con bien como no te ofendamos. Tenía cuidado de fregar las ollas todos los días en la cocina, y no consentía que otro le ganase en esto por la mano. Era limosnero del convento para el trigo que se recogía de limosna en los altos, que son las laderas de la serranía, que está a la parte del poniente de la ciudad; el cual ministerio ejercitaba con tanta edificación de los labradores y gente que lo trataban, que más le tenían por ángel del cielo que hombre de la tierra. Nunca dormía en cama ni se cobijaba más que con su manto viejo. Dormía por las heras, al aire y frío de la noche, si le daban cama lo agradecía, pero no la tomaba. Sus pláticas todas eran de Dios y exhortaba a todos que despreciando el mundo se diesen a él, cada cual en su estado como mejor pudiese. Repartía cuerdas y cuentas benditas, acompañadas de palabras fervorosas y de santidad, porque era muy discreto; las cuales recibían con tanta devoción que tanto las estima-

<sup>7</sup> Sabon. in locis communibus.

ban por ser de sus manos como por ser benditas. Tenía cargo en el convento de hacer las escobas de palmas con que se barre y no sólo las hacía con grande contento y liberalidad, más cuando le faltaban palmas para hacerlas iba por ellas a pie, al pueblo de Quauhnahaac que está doce leguas de Mexico, porque nunca subió a caballo después de fraile, en ninguna jornada que se le ofreciese. Esto vimos siempre en él, en especial se verificó esta perseverancia una vez que habiéndole faltado palmas para hacer las escobas de que se había encargado, salió un día de mañana de San Francisco con su manto al hombro (como siempre lo acostumbraba) y a las cinco de la tarde tenía hecha su jornada, habiendo caminado las doce leguas que hay de Mexico al dicho pueblo. Quedamos espantados los que lo vimos por parecernos que hombre de su edad (que pasaba de más de setenta y cinco años) no era posible tener tanto vigor y fuerzas; pero como le llevaba el fuego del amor de Dios y el contento de verse en su santo servicio, todo lo tenía por nada y decía que Dios le daba fuerzas y que su amor y memoria lo esforzaban. Jamás estaba ocioso y siempre ocupaba el tiempo en algo; porque no hay cosa que tanto importe como gastarlo, según la obligación de cada uno; porque el tiempo se le dio al hombre para que en él consiguiese su fin. Y como al ángel se le dio para eso un plazo breve, al hombre se le dio largo, que aunque no puede esta vida ser larga para vivir, eslo para merecer; pues como dice San Pablo: del comer, del dormir y de las demás acciones de la vida, puede el justo sacar cielo. Esto hacía este siervo de Dios fray Pedro, teniendo a Dios por blanco de sus continuos trabajos, y deseaba tanto tener tiempo para servirle que viéndose hombre de sesenta años, cuando tomó el hábito, suspiraba y decía que se holgara de que Dios le diera vida para pagar el diezmo de sus años, dándole uno por diez en su casa, ya que al mundo había dado diez por uno; y como Dios sabe pagar ciento por uno oyó su petición y satisfizole el deseo, dándole de vida no solos seis que pedía sino más de veinte que vivió. Murió en el convento de San Francisco de Mexico (donde siempre fue morador) a catorce de agosto, año de 1599 y más de ochenta de edad.

CAPÍTULO LXXXIV. *Vidas de los santos religiosos legos fray Diego Sánchez y fray Diego de Guadalcanal*



FRAY DIEGO SÁNCHEZ FUE NATURAL de Ayamonte, tomó el hábito para lego en el convento de San Francisco de Mexico. Anduvo siempre descalzo hasta su última vejez. Era muy quebrado y sufría su mal con mucha paciencia, aunque eran muchos los dolores que sentía. No bebía vino hasta que estuvo muy cercano a la muerte, por su mucha necesidad y era muy abstinerente. Era dado a la oración en la cual tuvo mucha perseverancia. Lo que más resplandecía en este siervo de Dios (aunque en todo se mostraba muy gran varón) fue la caridad, porque parecía andar